

NOS PUCP: la casa de ustedes

Inauguración de NOS PUCP

(13/07/2022)

Carlos Garatea Grau

En lo que diré en seguida no hay plagio, ni copia. Solo tomaré prestada una de las expresiones más bonitas que conozco para decirle a alguien que se sienta cómodo, en un ambiente familiar, cuando ingresa a un espacio — en principio — ajeno. Me sirvo de ella para saludarlos y decirles: “Bienvenidos a la casa de ustedes”. “La casa de usted” es una linda expresión mexicana que reúne todos los elementos de la hospitalidad y el afecto. Aunque haga un poquito de ruido por eso de darle a uno la bienvenida a su propia casa, encontré en ella la posibilidad de agradecerles por su asistencia y, de este modo, decirles, a viva voz y con sencillez, que la Pontificia Universidad Católica del Perú es la casa de todos. Qué mejor, entonces, que “bienvenidos a la casa de ustedes”.

En este hermoso teatro celebramos hace tres meses nuestros primeros 105 años de vida institucional. 105 años parece ser el último tramo de la infancia si nos comparamos con universidades de otras partes del mundo, pero admitamos que es un hecho notable en el Perú, donde, como sabemos, requerimos de instituciones sólidas y duraderas. Nosotros hemos doblado ya un siglo conservando la fuerza, el compromiso y los valores que impregnaron las palabras del padre Dintilhac la mañana del 10 de abril de 1917 en que la Universidad Católica abrió sus puertas a los 9 alumnos regulares que recibieron su primera clase en un aula prestada por el colegio La Recoleta, en la Plaza Francia. 25 años después nos concedieron el título de Pontificia. En 1959 empezó la construcción del campus de Pando, donde se trasladó la PUCP entre fines de los años sesenta e inicios de los setenta del siglo pasado. Más tarde, en 1994, nació el Centro Cultural y, hacia el inicio del nuevo siglo, Centrum. Son 105 años de movimientos, cambios y de un incansable dinamismo para mantener vigente y actualizada nuestra fe en el conocimiento, la formación de calidad, la cultura y nuestro servicio al país, tan necesitado — hoy más que nunca— de respuestas creativas y honestas en su camino hacia el desarrollo.

De ese puñado de estudiantes que recibió nuestra Universidad en 1917 hemos pasado a 31,000 alumnos este semestre; de las dos facultades iniciales, Letras y Jurisprudencia, luego Derecho, hemos llegado a 13 facultades, 2 EE.GG. y 1 Escuela de Posgrado; ofrecemos 65 carreras de pregrado, 149 programas de maestrías y 23 de doctorado; y contamos con 62 laboratorios y 19 centros e institutos, todo enmarcado en una fuerte política de internacionalización e intercambio dentro y fuera del Perú. De manera que si vemos el moderno edificio en el que nos encontramos esta noche, coincidirán conmigo en que han sido 105 años de trabajo y de mucho pero mucho esfuerzo de una comunidad que cree, firmemente, en la importancia de no cejar en la búsqueda y la curiosidad intelectual ni en la investigación científica y, por cierto, una

comunidad que entiende y asume la necesidad de integrar esfuerzos y alianzas con la empresa, las universidades públicas y privadas, la sociedad civil y el Estado para hacer de este mundo un mundo mejor para todos. Quienes han egresado de nuestras aulas son, sin duda, compañeros de ruta. Contamos con ellos, con los empresarios, con todo profesional que esté dispuesto a sumarse en esta búsqueda del bien común. El camino y el destino deben unirnos. Es imposible hacerlo solos. Quien piense que puede hacerlo solito, además de mostrar una soberbia descomunal, habrá perdido un tornillo. Y si pierde un tornillo, ya saben en dónde termina. Si pierde dos, será peor.

Creo que todos somos conscientes del mundo que nos ha tocado en suerte. Caer en rencillas; perder horas en las menudencias del chismorreo y en las bajezas del infundio; dejar que el prejuicio se imponga sobre la realidad y el diálogo; ceder ante la corrupción; manipular términos como “autonomía universitaria” y “calidad académica” para defender intereses subalternos e imponer la mediocridad como norma de conducta y, sin duda, olvidar que debemos tener siempre a nuestros jóvenes en el centro; pues bien, cuando todo esto ocupa tiempo y se lleva nuestras energías, apagando muchas veces nuestra fe en el futuro, es cuando más debemos confirmar nuestras convicciones, ser más exigentes y creativos, compartir experiencias, proyectos, saberes. Este edificio responde a ese convencimiento. Es un nuevo movimiento y refleja nuestro dinamismo y nuestra misión institucional. Está pensado como una invitación a convivir. Aquí habrá oficinas, charlas, cursos, empresas en convivencia con arte, cultura y trabajo conjunto. La tecnología y la innovación estarán en diálogo con la creatividad, la formación continua y el teatro. Aquí se verá el desarrollo tecnológico de nuestra Universidad. Aquí la innovación tendrá un espacio para mostrarse mientras que en el piso de arriba se discute sobre política internacional o sobre cómo funciona la Bolsa de Valores o se leen las novelas de Alonso Cueto. Y es que estamos en NOS, la forma átona de nosotros; donde nada ni nadie queda fuera. Somos PUCP; todos somos PUCP; y, desde este instante, ustedes y nosotros somos NOS PUCP.

Dicen los entendidos que las palabras estructuran el mundo sensible. Pero no lo fundan. Lo digo porque hacemos esta apuesta en un contexto particularmente difícil. En ocasiones he pensado que la palabra *crisis* es estrecha para todo lo que quisiera meter en ella cuando veo noticias, leo los diarios, y soy testigo de un acelerado proceso de descomposición ética y moral y una apresurada pérdida de confianza en nuestras instituciones medulares. Nos habíamos olvidado lo que es vivir con inflación, por ejemplo, y además, de pronto, el río se salió del cauce y no sabemos a dónde nos conduce, aunque sepamos que estamos en peligro.

A nosotros, como institución, todo ese descalabro, sumado a los efectos de la pandemia, nos afecta duramente desde ángulos distintos. Por cierto, dedicarse a la docencia, a la investigación, promover el desarrollo de la ciencia y la tecnología, salir a defender principios democráticos esenciales son tomados, en ocasiones, como florituras narcisistas y generan señalamientos de distinto calibre contra la PUCP.

Permítanme, por ello, un apunte necesario para evitar malentendidos: las pensiones de nuestros estudiantes solo cubren el 49% de nuestro presupuesto y cerca del 60% de ellos están en las escalas más bajas de pago. Atravesamos verdaderas pruebas de equilibrio en la elaboración y control de nuestras finanzas. Lo digo con claridad: por un lado, somos conscientes de los golpes que reciben las familias de nuestros estudiantes y trabajadores, del alza del costo de vida, del desempleo, de los problemas en los servicios públicos y de las carencias que padecen muchos jóvenes en su formación escolar o los problemas de salud mental, cada vez más recurrentes y agudos, e intentamos atenderlos y amortiguar el impacto en nuestra comunidad; y, por otro, no podemos dejar de renovar la plana docente, invertir en tecnología, ciencia, laboratorios, incrementar los fondos bibliográficos, internacionalizarnos y un sin fin de rubros que nos permiten avanzar como Universidad. La tensión es fuerte y diaria. Su complejidad es, en sí misma, el desafío que impone ser una universidad, amplia y diversa, conectada con el país e integrada en el mundo. Lo enfrentamos de la mejor manera posible. Creo que figurar en la décima segunda posición entre las universidades de América Latina, según el ranking QS, nos indica que no lo hacemos mal, aunque tengamos sobre la mesa una inmensa lista de mejoras y pendientes. Pues bien, la otra parte de nuestro presupuesto proviene de nuestra creatividad, de cursos de extensión, de servicios que brindamos, de consultorías, de alquileres, de fondos para investigación, etc. “¡Ah - me dirán - no mencionó Plaza San Miguel!”. Pues, debo decirles que los ingresos que nos da llegaron al 10% de los ingresos totales en su mejor momento, es decir, antes de la COVID-19. Este año estarán cerca del 9%, según me han informado esta mañana. Por ello, nuestro director de Economía – una suerte de MEF interno -- nos recuerda con frecuencia que la mayoría de nuestros ingresos proviene de actividades académicas y de investigación.

No pretendo dramatizar con estos apuntes. Solo quiero enfatizar que la PUCP es una universidad privada sin fines de lucro. No recibe un centavo del Estado desde hace muchos años. No tiene accionistas, ni promotores, ni reparte dividendos, ni cotiza en bolsa. Somos una comunidad académica peruana. Punto. Todo lo que se consigue al cierre del año es reinvertido en mejorar el bienestar de nuestros estudiantes, de nuestros trabajadores y de nuestros profesores y, claro, en dotar de recursos a la investigación de nuestros docentes, algunos de cuyos proyectos han contribuido a salvar vidas durante los momentos más duros de la pandemia. Ahí están, por ejemplo, los respiradores artificiales, las plantas de oxígeno, el Laboratorio de Genómica, el análisis de los materiales de las mascarillas anticoronavirus, y, por qué no incluir aquí, las casitas calientes que ayudan a sobrevivir a las heladas a peruanos muy pobres; los simuladores que mejoran nuestras posibilidades de resistir un sismo; pues bien, todos estos esfuerzos se dan en simultáneo, por ejemplo, con el proyecto de un joven profesor de Humanidades que trabaja con hablantes de iskonawa en medio de nuestra Amazonía, registrando una lengua camino a desaparecer y ayudando así a que nuestros compatriotas, viejos, jóvenes y niños, mantengan su cultura; y, mientras el profesor está a varias horas en bote

de la ciudad más cercana y mientras nos empeñamos en mejorar capacidades tecnológicas e impulsar la innovación, a unos metros de esta sala, renovamos nuestra convicción en que la cultura es esencial en la formación de la persona. Un botón de muestra: desde hace 26 años tenemos el Festival de Cine Latinoamericano y, a unos pasos de la puerta, encontrarán nuestro Centro Cultural, el cual supo responder con agilidad y eficiencia al aislamiento durante los dos últimos años, y ofrecer a la distancia una estupenda alternativa cinematográfica.

Quiero decir con esto que mientras por un lado tenemos tecnología de punta, costosos estudios científicos de alto impacto mundial, por otro ponemos la misma preocupación en mantener las ciencias humanas, el arte, la cultura, todas estas disciplinas son muchas veces arrinconadas y están ausentes en la mayoría de las universidades peruanas. Esa es la PUCP. Una universidad moderna y plural, católica, con historia, siempre abierta y en salida. No hay, pues, una mina de oro oculta bajo el fundo Pando. Lo que hay, lo que ustedes ven aquí o en San Miguel, o en la sede que tenemos en Santa María para desarrollar pronto un parque tecnológico, es fruto de 105 años de trabajo sostenido, realizado por miles de peruanos que, desde 1917, nos pasamos la posta llevados por un ideal de vida universitaria, por nuestra terca fe en que podemos hacer de este mundo un mundo mejor para todos, y, en especial, por la convicción de que, tras la niebla y los temblores, el futuro siempre está en su sitio.

Dicho esto, terminé declarando inaugurado este hermoso edificio NOS PUCP y les reiteré que son “bienvenidos a la casa de ustedes”.